

**El “ser y estar” y la
realidad lingüística de los
otros**

**El “ser y estar” y la
realidad lingüística de los
otros**

Ser

y estar implican, ante todo, existencia y pertenencia

hacer conscientes a los demás, a los otros, de la
diferencia entre "ser y estar" es una de las
bellezas del idioma español.

Luis Ángel Rodríguez Bejarano

La dificultad para el aprendizaje del español estriba no sólo en las conjugaciones y la distinción de conceptos, sino en el entendimiento del contexto que rodea cada situación lingüística.

Lo más fácil, y práctico, para el docente de español como lengua extranjera es intentar entender las circunstancias por las cuales el alumno no puede contestar preguntas escritas u orales. Diversos ejercicios pueden ayudar a nuestra tarea pero

lo más importante es que comprenda por qué se escribe/dice una palabra y no otra.

“El potencial hablante incluya en su “realidad” la existencia de ambos verbos.”

Un ejemplo significativo, y muy complicado, es el uso de los verbos ser y estar. No son pocos los estudiantes que descubren que estos conceptos dicen cosas muy distintas tanto en la conjugación como el significado abstracto que pueden contener; lo anterior significará que el potencial hablante incluya en su “realidad” la existencia de ambos verbos.

“estar” significa temporalidad porque engloba acciones transitorias: “está guapa (hoy)”, pero resulta difícil de relacionar en oraciones como “Está alto” e imposible con “Está bondadoso”

Es muy usual que se explique que el verbo “ser” implica algo perenne, permanente, con cualidades del ser humano que presumiblemente nunca se irán: “Es guapa”, “es alto” o “es bondadoso”. Por el contrario, “estar” significa temporalidad porque engloba acciones transitorias: “está guapa (hoy)”, pero resulta difícil de relacionar en oraciones como “Está alto” e imposible con “Está bondadoso”.[\[1\]](#)

Esto resulta particularmente difícil para un potencial hablante en casos como “estar muerto” o “ser muerto”. Si aplicamos los criterios anteriores solamente puede usarse “ser muerto”, puesto que implica permanencia porque el individuo no muere hoy o mañana sino que “permanece” de esa manera,

digamos, para siempre. La muerte, en teoría, no es un estado transitorio, por lo que el hablante extranjero elige “ser muerto”.

Ahora bien, ¿cómo explicar esto de manera sencilla? Más allá de las técnicas, materiales o ejercicios de cada profesor, la clave está en explicar que el verbo estar se utiliza cuando es resultado de un proceso, de una fase y que, sospechamos, fue producto de un cambio.

Es decir, para utilizar el verbo “estar” debemos sospechar que algo va a llegar a su fin siempre y cuando sea parte de un proceso. Si coloco “estar” estoy dando un carácter previo, pero no preestablecido.

“Resulta válido preguntarnos: ¿estar muerto es el resultado de un proceso de vida?”

Resulta válido preguntarnos: ¿estar muerto es el resultado de un proceso de vida? o ¿en el enunciado “El jarrón está roto” lo que tenemos es el producto de un proceso donde un niño, perro u hombre alteraron la realidad de ese objeto y lo modificaron, es decir, lo rompieron? La respuesta a ambas preguntas es sí.

Para nosotros es (desde siempre como hablantes de español como lengua materna) muy sencillo; sin embargo, en países donde existe sólo un verbo transitivo o bien donde no se concibe de esta manera la idea de un proceso asociada con las palabras, resulta interesante mostrar la realidad que nos hace hablantes de español.

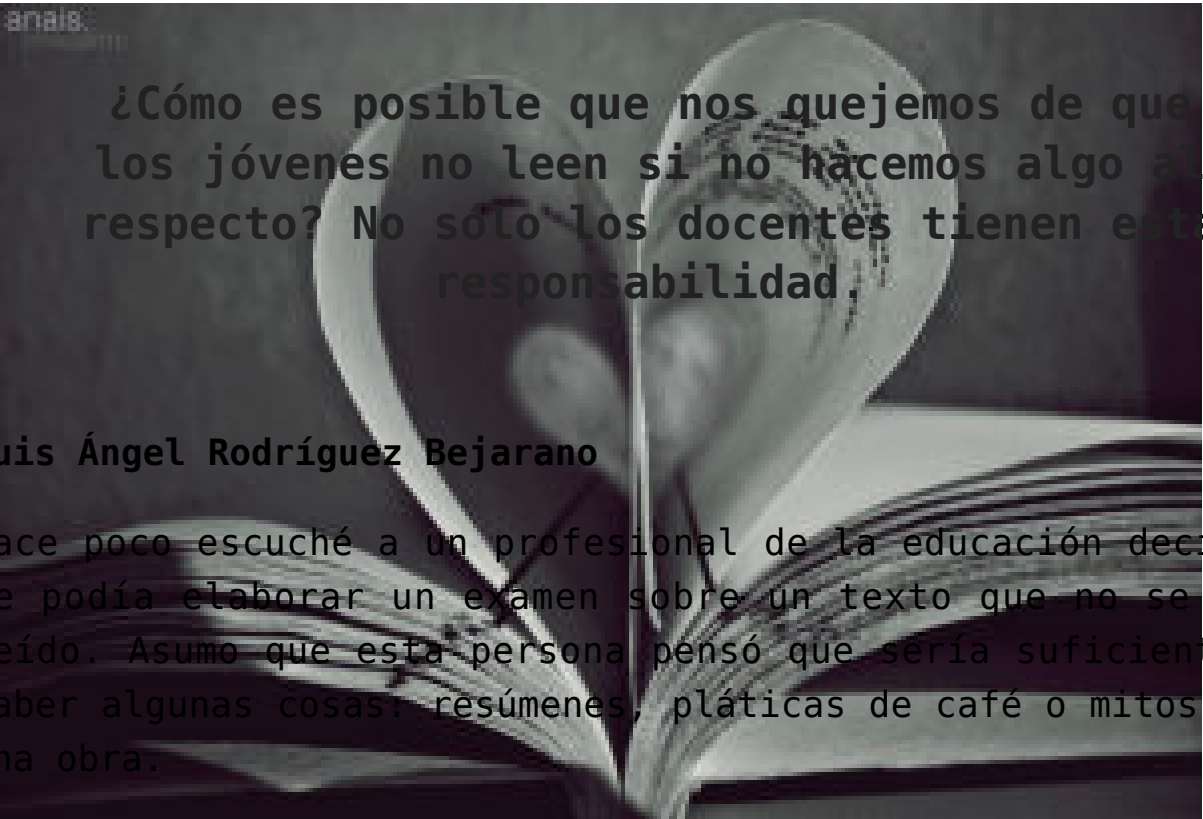
[1] Yolanda Carbera Cotillas y María Ángeles Sastre Ruano, “Usos de ser y estar. Revisión de la gramática y constatación de la realidad lingüística”, en *El español como lengua*

extranjera, de la teoría al aula: actas del tercer Congreso Nacional de ASELE, Málaga: ASELE, 1992, pp. 299-314. PDF. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1959529>

La enseñanza, la lectura y nosotros

La enseñanza, la lectura y nosotros

Cada persona a la que le interese que los demás lean debe idear sus estrategias, no se trata de ordenar sino de dejar en libertad al potencial lector.



¿Cómo es posible que nos quejemos de que los jóvenes no lean si no hacemos algo al respecto? No sólo los docentes tienen esta responsabilidad.

Luis Ángel Rodríguez Bejarano

Hace poco escuché a un profesional de la educación decir que se podía elaborar un examen sobre un texto que no se había leído. Asumo que esta persona pensó que sería suficiente con saber algunas cosas: resúmenes, pláticas de café o mitos sobre una obra.

Más allá de que estas prácticas sean más o menos comunes, los problemas de lectura no pueden resolverse obligando a los alumnos a leer, es necesario infundir la emoción por la

lectura.

Sin este elemento, que deriva probablemente en amor, todas las técnicas y esfuerzos no sirven de mucho. Es por ello que propongo, a partir de mi experiencia, algunas acciones para atraer lectores.

Evitar que otras personas lean los clásicos que nosotros no leeríamos, o bien que leímos mal

-Evitar que otras personas lean los clásicos que nosotros no leeríamos, o bien que leímos mal. Más allá de las aburridas ediciones que nos alejan de ellos, estos textos guardan secretos increíbles para los lectores nuevos. Si le dijéramos a alguna persona “tienes que leer El Quijote”, estaríamos empujándolo a Netflix.

-De la misma forma que en una biblioteca, internet contiene textos muy valiosos, sobre todo de autores nuevos; esto atrae mucho por la posibilidad de que el lector joven se acerque no sólo a la lectura sino a la escritura a través de personas que comparten temas. Conviene sugerirle blogs, por ejemplo.

Evitar las campañas de fomento a la lectura, especialmente las que incluyan el tiempo que se debe leer, como si fueran ejercicios para bajar de peso

-Evitar las campañas de fomento a la lectura, especialmente las que incluyan el tiempo que se debe leer, como si fueran ejercicios para bajar de peso. Éstas se basan, a juzgar por lo que veo, sobre todo, en creativos de agencias de publicidad que poco o nada tienen que ver con los textos, especialmente

literarios. Una mejor sugerencia puede ser la libertad para llevar a cabo, o suspender en su caso, la lectura.

-Como lectores siempre esperaremos que a los demás les emocionen los mismos textos que a nosotros; esto raramente sucede y no es falta de sensibilidad o pereza mental sino, en muchos casos, que el libro no ha encontrado a su lector.

El listado anterior no es nuevo, existe desde hace mucho tiempo y siempre se basará en algo que complementarían lo que hacen los profesionales de la educación: el elemento afectivo, la emoción, pues más allá de que los alumnos decidan qué leer, requieren el lado sentimental, eso que ni los programas de lectura ni las políticas culturales pueden ofrecer. Eso que tanto se despreció por obsoleto es lo que ahora puede empujar a los jóvenes lectores a exigir de su educación lo mismo que se puede exigir de un libro: que te emocione.